

jearnos de que la raza de California es de las más sobresalientes. Pero en lo que sí podemos tener ventajosa competencia con cualquier país del mundo, es en cuanto á los caballos trotadores. El *Occidente*, que es el primero de nuestros caballos de este género, trota una milla en 2 minutos  $16\frac{1}{2}$  de segundo, y en tres millas, un caballo de carrera no le sacará de ventaja dos minutos.

## XVI

## Un viejo.—Comercio.—Recuerdos históricos.

**P**ASEANDO una hermosa tarde, á pié, por las orillas del extenso Parque que conocemos, formamos corrillo, en la esquina de una calzada, varios mexicanos.

Nos rodeaban altos médanos: en una de aquellas quiebras que hace la arena, un carromato desvencijado, una tienda de lona, un caballejo flaco, haciéndose las ilusiones de pastar, y un grupo de mujeres, hombres y muchachos, sucios, abigarrados y siniestros, nos llamaron la atención. Eran gitanos. Una mujer de tez morena, gruesos mechones de cabellos á la frente, ojos grandísimos y apasionados, y una boca guarnecida de blanquísimos dientes, con harapos flotantes sobre su arrugada frente, nos llamaba para decirnos la buena ventura.



Al extremo opuesto de la gitana, y á la entrada de unas elegantísimas calzadas del Parque, hay un *bar-room* espléndido, y en la esquina que forma, se veía cabizbajo un viejo inclinado sobre su baston, y pendiente de nuestro grupo que estaba muy cerca. El aspecto del viejo era como el de nuestros militares retirados, adorno del Zócalo y de los arbolitos.

Mugroso sorbete, arrugado pantalon de lienzo, y cabellos grises alborotados sobre la frente, y descolgándose sobre el cuello de la levita.

Como de costumbre, lamentábamos las desdichas de nuestra patria. Uno decía:

—Vea vd. esta tierra; para nosotros era desconocida, nadie le hacía caso, y no bien sale de nuestras manos, llueven sobre ella las bendiciones del cielo.

—Yo apenas sabía que existía la tal California; oí decir que había un rincón de la tierra por aquí, en que frailes y soldados hacían cera y pábilo.

—Ahora es el paraíso; todos los encantos de la vida; todas las riquezas de la tierra, y un porvenir de grandeza que apenas alcanza á concebirlo la imaginación.

—Es porque nosotros no tenemos hechura; cuando existía California para México, se sabía por los situados de Mazatlan y por los mordiscos que todo el mundo le tiraba al fondo piadoso.

—No seamos injustos; los presidios eran el gran medio de civilización del indio, ayudado por los misioneros.

—En eso hay su más y su menos, decía otro: muchos dicen que lejos de mejorarse la suerte del indio, se empeoraba.

—Lo cierto es, hacia notar otro, que cuando la guerra de Tejas, ya muchos aventureros americanos, por sí y ante sí, habían tomado posesión de mucha tierra, y el puerto de Monterey había tenido una invasión en forma.

El viejecito del baston, aunque disimulando, había seguido con vivo interés nuestra conversación, y más de una vez le ví en ímpetus de levantarse y tomar la palabra en nuestro corrillo; pero se reprimía y se fingía como dormitando.

Nuestra conversación continuó bajo el mismo tema: nos dispusimos á retirarnos, y yo torcí solitario por la calle de Franklin, para la casa de la Sra. Cima, donde frecuentemente tomaba té al caer la tarde.

Apénas había yo andado treinta pasos, separado de mis amigos, cuando noté que me seguía el viejecito del baston: suspendí mi marcha y le esperé, creyendo que llegaba en solicitud de un socorro.

Sin más preámbulo, y fijando en mí sus pequeños y animadísimos ojos, como dos chipas, bajo los tejados blancos de sus cejas, y abriendo su bolsuda y desdentada boca, me dijo:

—Todo eso que han hablado sus amigos de vd. es una sarta de mentiras, que prueban su ignorancia de la historia y su ingratitud para con los hombres que luchamos porque tuviera patria toda esa maldita canalla.

Yo veía atónito al viejo, me imponían respeto sus años, me subyugaba su mirada, me atraía el tono de majestuosa verdad que revestía aquella conmovida palabra.

Animado con mi atención, continuó:

—Desde el tiempo del gobierno español se dió suma importancia á California; se dotaron las misiones, se protegía,



ron los presidios, se vió como rica joya y como llave del mar Pacífico.

Es una impostura histórica, continuó el viejo, pintar al indio amamantado por el cristianismo, entrando al goce de la civilizacion: el indio era tratado como esclavo, se le enervaba con el vicio, se le embrutecía con el fanatismo y se le degradaba como á la bestia.

El cepo, los azotes, la crueldad más impía se ejercía con esos hombres, cuya posición aferraba á los salvajes en su libertad.

Ese *Fondo Piadoso de California*, léjos de servir para la conversión y alivio del indio, conforme á la mente de los fundadores, era instrumento de tortura, cebo de codicia y elemento de asquerosa corrupción.

En California se dejaron frailes y soldados, que no eran ya los misioneros apostólicos, ni los jesuitas fervorosos que menciona la historia.

En cambio, el soldado no era el aventurero ávido, ni el asesino implacable.

La riqueza de California era ya conocida en 1844, y denunciada al gobierno.

El Sr. D. Manuel Castañares, digno representante del Departamento, decía al gobierno: "además de las minas de plata, se ha descubierto *un placer de oro de treinta leguas de extensión*, y muchas minas de carbon de piedra."

Yo vine á esta tierra de maldición para México, decía con acento doloroso el anciano, con el patriota, con el sabio, con el gran general Micheltorena.

El, en las horas de corto descanso que nos daban las fatigas militares, nos instruía como un padre y nos hacía no-

tar que el trigo da seiscientos por uno, el maíz mil, el frijol quinientos.

El alentaba á los indios al cultivo de la caña, de donde sacaban azúcar que se exportaba.

Del cultivo de la jarcia daban testimonio las embarcaciones todas del Pacífico; del lino, nuestros vestidos y los de los habitantes de las misiones.

La nutria y el castor de California se enviaban de regalos á los magnates de México, y los periódicos europeos estaban cansados de llamar la atención del mundo sobre la pesca de la perla y la ballena.

¿Quería aquel gobierno y todos los que le sucedieron más noticias? Diga vd. que en México, por la fatal organización de aquella sociedad, los que estaban fuera del presupuesto luchaban para derribar á los que estaban dentro de él, y que en esa tarea infame los ha de hallar la pérdida de la nacionalidad.

Mientras aquella puja y aquel tráfico del poder, única industria de aquella clase média y de aquellos magnates ignorantes, fátuos y corrompidos, se efectuaba, había aquí un puñado de mexicanos, con el general Micheltorena, sacrificándonos por la independencia.

Aquel jefe tenía á sus órdenes, para contener la rebelión, de hijos del país y aventureros, 195 hombres, de todo punto desnudos, con armamentos de diversos calibres, con cuatro paradas de cartuchos por plaza, con treinta pesos para dar de comer á toda la tropa, y veintitantos oficiales en el puerto de Monterey, sin tener quien les diera al crédito una sola libra de carne.

El general Codallos, antecesor del general Micheltorena,



fué modelo de honor y sufrimiento: éste hizo cotidiano el heroísmo. Jamás le oimos exhalar una queja, nunca desmayó en las fatigas, su palabra elocuente nos reconciliaba con la patria, que parecía habernos condenado á la vergüenza y al abandono.

¿No se encuentra la Baja California en posición semejante? ¿No tenemos las costas del Pacífico en peligros análogos? ¿No escucha vd. en los desiertos el grito de la locomotora llamando á los pueblos á la participación del Progreso? ¿Quedarán Sonora, Sinaloa y la California como los príncipes del cuento indio, atados á sus columnas de bronce, de espectadores, retorciéndose de hambre, miéntas se entregan sus vecinos á los placeres en brazos de la opulencia?

¿Legitimará esta situación la moral? ¿La humanidad? ¿No es hacer del patriotismo una virtud de pigmeos y de idiotas? . . . .

La luz del sol poniente daba al viejo de espalda y presentaba sus contornos luminosos. . . . era terrible y bella para mí la presencia del viejo.

—Y no piense vd., continuó, que yo créo en ese paraíso que pintan sus menguados amigos. Yo trato con injusticia á este suelo, lo detesto, porque es para mí como la hija que se prostituye y nos insulta con su riqueza en brazos de su raptor.

Hay políticos venales como en parte alguna, al robo se le llama comercio, las niñas se embriagan y cambian el Champaña por el arsénico en el día de su infortunio. El yankee dice á su hijo: *si puedes tener dinero bien habido, tenlo; y si no lo puedes tener honradamente, tenlo también.*

Pero hay en el fondo de esas iniquidades ciertos principios de vida propia, ciertos cimientos de derecho universal, cierta inviolabilidad del derecho, un acatamiento ciego á la ley, tanto, que esa espuma, esa borra impura, esas inmundicias, pasan sin perturbar la vida en sus condiciones esenciales.

Se alzaré más y más el coloso en la inundación de los pueblos; su grandeza misma lo derribará, y de las piedras que se esparzan nacerán pueblos, como nacían hombres del diluvio de Pirra. . . . .

El viejo se alejó hablando á solas. . . . y le pude oír: "México. . . México," con acento de ternura infinita.

Corrí tras el anciano, á quien ya quería y veneraba. . . . acerqueme á él. . . . le pregunté su nombre. . . . Vaciló un momento. . . . despues, con voz resuelta y bronca, me dijo: "Quede vd. con Dios". . . . y siguió su marcha, proyectándose en el camino su sombra gigantesca, con su baston.

Preocupado con la conversacion del viejo del baston, promoví en mi visita conversacion acerca de lo que me habia hablado, y uno de los huéspedes de la casa, marino inteligentísimo y noble amigo de México, me prestó un folleto titulado: *Coleccion de documentos relativos al Departamento de Californias, publicados por el ciudadano Manuel Castañares, diputado por aquel Departamento. Impreso en México en 1845.*

En ese folleto encontré confirmados todos los conceptos emitidos por el viejo, y ellos forman la apología del ignorado representante de California.

En una nota del Sr. Castañares, fecha 2 de Agosto de 1844, dice:

"La revolucion acaecida en California en 1836, se veri-



ficó por los hijos del país, pero instigados por los americanos y apoyados por el llamado capitán Green, que á la cabeza de un respetable número de rifleros, secundó el movimiento que, sin este auxilio, no hubiera podido triunfar de las tropas del gobierno; pero aun hay más en contra de la pequeña seccion militar que existe en California, y es esto: en el interior del Departamento se encuentran al pié de dos mil americanos armados, que en su mayor parte viven al pié de la Sierra de Santa Cruz.”

Hablando de la riqueza del país, y bajo el rubro de “Pescas de pieles,” se expresa en estos términos:

“Es incalculable la riqueza extraída de Californias en este ramo. La abundancia de la nutria de agua salada era en tal extremo, que los marineros de los botes, al tiempo de pasar sobre el *zargazo*, las mataban con los remos. Es admirable la exportacion que se ha hecho y aun se hace del castor, nutria de agua dulce y otras pieles. Respecto de la nutria de agua salada, calculan los marinos, que hace muchos años recorren aquella costa, que puede llegar al número de cincuenta mil pieles las extraídas en los años de 1830 á 40. Del castor y nutria de agua dulce es incalculable, porque éste lo sacan los hijos del país, los extranjeros establecidos en él, porcion de compañías americanas y canadenas, que vienen á Californias con este exclusivo objeto; y las tribus bárbaras hacen tambien caza de pieles para cambiarlas á dichas compañías por los efectos que traen, y que tanto halagan con ellos al salvaje.

“Don Carlos Augusto Sutter, dueño del establecimiento de campo conocido con el nombre de la Nueva Helvecia, situado en las márgenes del rio Sacramento, fué nombra-

do por el Sr. D. Juan B. Alvarado, juez de paz de su establecimiento y comandante militar de aquel rumbo casi desierto.”

Continúa el Sr. Castañares:

“PUERTO DE DEPÓSITO.—Desde el año de 1825 se ocupó ya de este asunto una junta nombrada por el supremo gobierno para proponer los medios más conducentes al progreso, cultura y civilizacion de las Californias. Desde entónces se conoció la importancia que podria cobrar esta península mexicana por su situacion topográfica en el comercio del Asia, haciéndola el centro de las especulaciones que las diferentes partes de Europa emprenden con la China. Se propuso por aquella ilustrada junta el establecimiento de una compañía de comercio directa con el Asia por el mar Pacífico en el puerto de Monterey, que debería denominarse: “Compañía Asiático-Mexicana, protectora del fomento de la Península de California.”

Por último, como un grito de desesperacion terrible; como una profecía espantosa; como un anatema, se repite en ese cuaderno, hablando al gobierno: “*Si no atendeis pronto á California, se pierde sin remedio!*”

¡Cuán dolorosas reflexiones me sugirió la lectura del interesante cuaderno á que acabo de referirme.

Nuestra inmensa costa del Pacífico propicia como las Californias al comercio con las otras Américas y con el Asia, se encuentra en completo abandono. Sus desiertos, su sistema fiscal, sus caminos, todo la condenan á la absorcion de los Estados-Unidos, y á ello coopera la ceguedad de los gobiernos y su respeto á los bastardos intereses que mantienen en sus puestos á los *politicastros* de la capital.



No hay remedio: si en la lucha indeclinable *de intereses* con los Estados-Unidos está de nuestra parte la barbarie, la repulsion y la indolencia, y de parte de ellos la civilizacion, la confraternidad y el trabajo, la derrota será nuestra, pronto, y lo que es más doloroso, con aplauso de la humanidad entera.

Si tiene un inmenso puerto de depósito San Francisco, convirtamos nosotros en puertos de depósito, desde la Baja California hasta Acapulco; si llama San Francisco la colonizacion por medio de sábias leyes y de franquicias, mejoremos esas leyes y séamos más liberales; si aquellos inquietan á los chinos, llamémoslos nosotros con mayores atractivos.

El arancel americano es absurdo y sacrifica á la codicia del Norte y del Este los intereses del Sur y del Oeste; en esa tarifa hay una cotizacion insostenible: declaremos libres de todo derecho los artículos gravados por ellos, y veremos efectuarse una revolucion que nos sorprenderá á nosotros mismos.

La creacion del ferrocarril de Veracruz, tiene dividida á la República y condenados á los Estados distantes de la vía á la miseria y á la muerte, entre tanto los Estados de Occidente oyen los gritos de la locomotora del Pacífico ofreciéndoles salvacion. No volvamos la espalda á esta situacion, atendamos á esos Estados, porque se perderán sin remedio, como decia hablando de California su diputado Castañares.

Muy loable es el empeño para extender la línea de ferrocarriles, ligando al Atlántico con el Pacífico; pero en mucho se esterilizarán esos esfuerzos, si no se procuran cambios, si los ferrocarriles no dan consumidores; si esas arterias no

llevan sangre, ¿de qué servirán? La cuestion hacendaria de México es su cuestion social y política, y solo un conjunto de medidas sábias puede proveer á las necesidades del Occidente y de nuestras fronteras.

Pero ya se encargará algun rábula de algun Club de proponer la panacea para nuestros males públicos, exagerando el proteccionismo.

Fijemos sobre todo nuestra atencion en que esas familias y esos capitales que ingresan á San Francisco procedentes de Sonora, Sinaloa y la Baja California, aunque parecen abandonar nuestro suelo accidentalmente, quitan vigor, trabajo y recursos de subsistencia á los pueblos que abandonan, presentando contrastes que ceden en mengua y en empobrecimiento de nuestra patria.

Esos hombres han emigrado por el pésimo sistema de impuestos, por las extorsiones de los jefes militares, por los robos oficiales que se llaman préstamos forzosos, por el plagio oficial que se llama leva y por el estúpido provincialismo que repele y ahuyenta todas esas poblaciones, que al principio escuchaban con espanto y odio los amagos de anexion al Norte, y que hoy han perdido mucho de su energía patriótica.

Muy tristes consideraciones me sugirió el cuaderno del Sr. Castañares, y quién sabe hasta dónde las habria extendido, con riesgo de dormir á mis lectores, cuando tocó á mi puerta Gomez del Palacio.

